



LEYENDAS



D. J. DEC.



R-119842

A-2581

C-01613

AL-CASSR-UL-MASHUR

(EL PALACIO ENCANTADO)

OBRAS DEL MISMO AUTOR

UN JUEGO DE AJEDREZ, leyenda árabe-granadina (Madrid, 1872). Edición agotada.

INSCRIPCIONES ÁRABES DE SEVILLA (Madrid, 1875). Edición agotada.

LÁPIDA ARÁBIGA DE LA PUERTA DE LAS PALMAS EN LA CATEDRAL DE CÓRDOBA (Madrid, 1875).

INSCRIPCIONES ÁRABES DE CÓRDOBA (Madrid, 1879).

MEMORIA ACERCA DE ALGUNAS INSCRIPCIONES ARÁBIGAS DE ESPAÑA Y PORTUGAL (Madrid, 1883).

ESPAÑA GEOGRÁFICA, ESTADÍSTICA, HISTÓRICA Y MONUMENTAL (Madrid, 1881).

ESTUDIOS HISTÓRICO-CRÍTICOS SOBRE LA PROPIEDAD LITERARIA EN ESPAÑA. (*Revista de España*: Madrid, 1877 y 1878).

AIXA, leyenda árabe-granadina (*Revista de España*: Madrid, 1883).

LA VUELTA DEL CAPITÁN, comedia original, en un acto y en verso (Madrid, 1881).

MONOGRAFÍAS artístico-arqueológicas, publicadas en los *Monumentos Arquitectónicos de España* y en el *Museo Español de Antigüedades*.

ARTÍCULOS históricos, arqueológicos, literarios y críticos en varias *Revistas* y publicaciones de España y del extranjero.

AL-CASSR-UL-MASHUR

(EL PALACIO ENCANTADO)

LEYENDA HISTÓRICA ARABE - GRANADINA

ORIGINAL DE

D. RODRIGO AMADOR DE LOS RIOS



7052
MADRID

Establecimiento tip. de *El Correo*, á cargo de F. Fernández,
CALLE DE SAN GREGORIO, NÚM. 8

1885



Es propiedad del autor.

I

Desde que aquel ilustre aventurero de Arjona, que se llamaba descendiente de los Anssares, aquel valeroso caudillo, espada del Islam, Abú-Abdil-Láh Mohámmad el Jazrechita (Alláh le haya perdonado), á quien por sus victorias apellidaron los musulimes *Al-Gálíbil-Láh* ó el vencedor por la protección de Alláh, poniendo dichoso fin al desconcierto de los islamitas de Al-Andálus, había vencido y aniquilado para siempre á su contrario, el ambicioso Aben-Hud, haciendo surgir de entre las dolorosas ruinas del imperio musulmán en la Península el floreciente reino granadino,—trascurridos eran ya setenta y dos años lunares cuando, por muerte del esforzado Mohámmad *Al-Faquih* se proclamaba y reconocía como Sultán, en la hermosa Granada, á Abú-Abdil-Láh Mohámmad, III de este nombre en la naciente y gloriosa dinastía de los Beni-Nassares.

Azaroso y abundante en militares aventuras había sido, con verdad, el amirato de Mohámmad II, durante el cual, Adhefunx *Al-Há-kim*, Xanchol *Ax-Xachaú* y Ferrando-ben-Xanchol (1), uno en pos de otro, se sucedían en el trono de Castilla y de León, bajo la tutela y la regencia, el último, de aquella célebre doña María de Molina, tan famosa en las historias de los cristianos.

(1) Alfonso el Sábio, Sancho el Bravo y Fernando IV.

Cuando Azrael batió sus negras alas sobre el hijo de *Al-Gálil-bil-Láh*, trasportando su espíritu á las mansiones deleitosas de *al-channat* (1), Abú-Abdil-Láh Mohámmad III había pasado de la juventud y se mostraba animado del generoso deseo de extender otra vez por *Chezirat-Al-Andálus* el dominio y señorío de los siervos de Alláh, aprovechando el desconcierto de que eran presa los nassaríes de Castilla, y vengando así el vergonzoso oprobio de Medina Córthoba, Medina Chien y *Medinat-Ixbilia*, con la humillante servidumbre que respecto de los nassaríes había heredado de su progenitor augusto, el fundador de la dinastía de los *Al-Ahmares*.

Oponiáse, no obstante, á tan levantado pensamiento la pertinacia con que su primo Abú-l-Hachách-ben-Nassr, gualí de Guadix, inquieto y rebelde siempre, se había negado á reconocerle por su señor; y como quiera que la experiencia le había demostrado que sus parientes aspiraban, desde un principio, así en Málaga cual en Guadix y Comárex, á resucitar de nuevo aquella época calamitosa y de verdadera ruina para el Islam que, sucediendo al imperio de los *Omeyyas* en Córthoba, hizo un reino de cada clima ó provincia,—anhelaba Mohámmad, en realidad, dejar sosegados y en orden los asuntos interiores, para poder así extender luégo su autoridad por los límites del imperio granadino y dedicarse más tarde á la empresa de rescatar los extensos dominios de que desde anteriores centurias se habían apoderado los nassaríes.

Generoso, amigo de los sabios, de carácter templado, pero firme en el propósito de seguir la vía recta enarbolando el estandarte de la fe, á cuya sombra se extendió un día la palabra del Profeta (complázcase Alláh en él), desde el extremo oriente hasta las últimas comarcas del *Mogréb* con *Chezirat-Al-Andálus*,—claramente la conducta de su padre Mohámmad II le trazaba el camino que debía continuar, si bien ahora se presentaba para él el porvenir mucho más halagüeño que para su ilustre antecesor, quien había tenido enfrente, no ya sólo al poderoso *Adefunx Al-Hákím*, sino también á *Xanchol-ben-Adhefunx*, á los *Beni-Merines* y á sus propios parientes los *Axkilolas*.

(1) El Paraíso.

Prescindiendo del gualí de Guadix, su pariente, Mohámmad III, que al ocupar el trono granadino contaba ya cuarenta y seis años (1), si había de proseguir las tradiciones heredadas de su padre, sólo tenía que habérselas en Castilla con un Monarca, niño todavía, y una nobleza turbulenta, ambiciosa y desasosegada, que no parecía sino que renegaba con su conducta de la obra de la Reconquista cristiana, empeñada ahora en la destrucción y en la ruina de aquel reino poderoso, que habían regido en otro tiempo Alfonso VI, el conquistador de Toledo, y Fernando III *el Santo*, el debelador de Córdoba, de Jaén y de Sevilla.

Así, pues, luégo de haber nombrado sus guazires ó ministros, que lo fueron Ben-Aly, de Dénia, y Abú-Abdil-Láh Mohámmad Al-Lahmí, hijo de Abd-er-Rahman-ben-Al-Hakem Ar-Ramedí; de haber designado sus kátibes ó secretarios, entre quienes figuraban Abú-Beker-ben-Saberin, Abú-Abdil-láh-ben-Assim, Abú-Ishack-ben-Chábir, Abú-Abdil-Láh Al-Lorquí y Abú-l-Hachách Dertusí, y de haber elegido como cadhies á Mohámmad-ben-Hixém, de Elche, y á Abú Chaâfar, apresurábase el granadino á concertar paces con el Sultán de Aragón Cháy-mis (2), y dejando para más adelante el castigar á su rebelde primo Abú-l-Hachách, determinábase á inaugurar, por medio de una gazúa, la guerra que proyectaba hacer á Castilla, con el fin de demostrar á los musulmanes cuáles eran para el porvenir sus intentos.

La ocasión, en verdad, no podía presentarse más propicia á los designios del Sultán, ni los granadíes podían recibir de mejor grado la nueva de que iban con Mohámmad III á reverdecer los laureles conquistados en los campos de batalla por el augusto progenitor de aquel Príncipe, cuya muerte les había llenado de desconsuelo; presa Castilla de mortal discordia, aun después de haber el turbulento infante don Juan renunciado á sus injustas pretensiones sobre la corona que heredó Ferrando-ben-Xanchol de sus mayores; fijos los ojos del reino entero en Medina del Campo, donde á la sazón estaban con-

(1) Había nacido en 3 de Xaában de 655 (15 de Agosto de 1275), y heredaba la corona en 8 del mismo mes de 701 (8 de Abril de 1302).

(2) Don Jaime II, el *Justo*.

vocadas y reunidas aquellas famosas Cortes, fruto de la insidia procaz del referido infante y de Nuñez de Lara, en las cuales sólo se trataba de afrentar á la valerosa doña María de Molina, exigiendo de mala fe á tan preclara Princesa las cuentas de la tutela y la administración de su hijo Ferrando,—nada parecía oponerse á los guerreiros intentos del granadino, con tanto mayor causa, cuanto que eran de todos desconocidos, como eran ignorados los móviles que le impulsaban poderosamente á romper las hostilidades con los nassaries, de manera tan inopinada como pronta.

Congregados en su presencia pocos días después de su solemne proclamación en Granada los guazires y caudillos del reino, manifestábales Mohámmad III su propósito de inaugurar la campaña, sediento, al parecer, de emular las glorias de su buen padre y de extender los dominios del Islam en Al-Andálus, según con sus palabras demostraba, llevando el entusiasmo al corazón de los musulimes; y convencidos todos de la conveniencia de aquella guerra, por medio de la cual iban á ser rescatadas del poderío y de la servidumbre de Castilla muy feraces comarcas, limítrofes del reino granadino, comunicábanse las oportunas órdenes para que en el plazo más breve estuviese dispuesto el *chund* (1) necesario, lo cual se efectuaba á medida de los deseos del Príncipe el día 21 de la misma luna de Xaâban de aquel año de 701 de la Hégira (2).

El día estaba hermoso.

Despejado y limpio el cielo, brillante el sol, tibio y perfumado el ambiente, apacible y suave la brisa, que murmuraba juguetona, ya entre las aguas del tranquilo Darro ó rizando la superficie de las acequias caudalosas que fecundan la Vega, ya entre las ramas con que empezaba la primavera á engalanar sus árboles.

Como encendidas brasas resplandecían allá, casi al Mediodía de Granada, los elevados picos de *Chebel-ax-Xolair* (3), cubiertos de eterna nieve, en los que, cual en un espejo, reverberaban los rayos del

(1) Ejército.

(2) 21 de Abril de 1302.—Era del César de 1340

(3) Sierra Nevada, el monte del Sol.

sol, en tanto que despedían brillantes reflejos las doradas esferas que coronaban los esbeltos alminares de las cien mezquitas de la ciudad, cuya población, alegre y regocijadamente reunida fuera de *Bib-El-bira*, contemplaba los soldados andaluces y bereberes que formaban las fuerzas de la expedición proyectada por el Sultán Mohámmad.

¡Qué hermosa estaba la ciudad vista desde aquellos lugares, algún tanto elevados y desiguales, que rodeaban su murado recinto! ¡Alláh, como dice el poeta, la ha ennoblecido con excelsitud y esplendor, y semeja al vergel que produce admiración cuando comienza á germinar y cuando ya han brotado en él las plantas y las flores! (1).

Satisfecho podía estar el Sultán de sus guazires y de sus caudillos, pues más de quinientos ginetes, envueltos en blancos alquicelles y engalanados como para una fiesta, y cerca de mil peones armados para el combate, se hallaban formados en el espacioso campo que dejaba en su configuración el recinto amurallado de la feliz Granada entre la esbelta *Bib-Elbira* y *Bib-Bonaida* (2).

Aquellos eran los leones de la guerra; su aspecto marcial imponía, y con ellos iban el espíritu de Alláh y la protección de Mahoma (¡complázcase Alláh en él!).

Sobre el adarve, coronando los muros de la fortificación, que ceñía como una loriga el cuerpo de la ciudad, al pié de los bastiones y de los torreones almenados, la multitud se apiñaba resuelta y llena de entusiasmo bendiciendo el nombre del Sultán, á quien aclamaban frenéticamente; sus gritos parecían el eco tremebundo del agitado mar, y por entre aquel confuso rumor sobresalían los albólbolas y otros gritos agudos con que las mujeres demostraban su alegría.

Oprimiendo los lomos de un hermoso corcel; cubierto por la fuerte y resistente cota; ceñido el casco á las sienas, y flotando en torno de su cuerpo, á la merced del aura, el bordado haique; con el rostro regocijado, el ademán severo y confiado, la sonrisa en los labios y los ojos en aquel ejército, que era su esperanza y su orgullo, contemplaba no sin emoción Mohámmad III las muestras de cariñosa devoción con

(1) Ebn-ul-Játhib.

(2) Puerta de la Banderola, llamada después de San Jerónimo.

que los granadinos acogían leales aquél, el primer acto de su reinado, como promesa de más árduos empeños para lo futuro.

¡Quién hubiera, sin embargo, podido leer en el fondo del corazón del Sultán de Granada! ¡Pero sólo Alláh el Omnipotente, el Sabio, conoce lo que se oculta en las entrañas de los hombres!

Por eso, mientras la multitud de fieles saludaba estremecida al Amir, aplaudiendo la fortaleza de su ánimo al ir en busca de los nassaríes, Mohámmad dejaba volar el pensamiento inquieto, y su imaginación le presentaba clara y distintamente el pasado de su vida, las íntimas emociones de su existencia, que nadie conocía, y cuyo perfume, trastornador y penetrante, aspiraba en aquella ocasión con singular deleite.

Cuando la voz del muedzin (1), resonando en los alminares de las mezquitas, llamaba á los musulimes á la oración de *Ath-Thójar* (2),—seguido de sus guazires y ordenadas las haces, Mohámmad se puso en movimiento; y dejando á un lado las estribaciones de Sierra Elbira, tomaba el camino de *Chien* (3), solo, marchando á la cabeza de las tropas y embebido en sus pensamientos.

En breve, las ondulaciones del terreno y las nubes de polvo que levantaban los ginetes, borraron á las miradas de los granadinos la retaguardia de las tropas, y un grito de despedida, vibrante y prolongado, que repitieron los ecos y la brisa, resonó en los oídos de los expedicionarios, cuyos pintorescos trajes parecían esmaltar la verdegueante superficie de los campos, vueltos á la vida por el fecundante beso de la primavera.

(1) Muezdin ó almuedano, empleado de las mezquitas, á cuyo cargo están los pregones exteriores.

(2) Oración del medio día.

(3) Jaen.

II

Cerca de una hora llevaba ya de camino el ejército, y Mohámmad, absorto en íntimas cavilaciones, continuaba marchando solo, sin compañía alguna, al frente de los suyos, sin que ninguno de los guazires se atreviese á turbar la meditación que le embargaba.

Al fin, y alentado por la amistad que siempre, desde sus mocedades, le había demostrado, sacaba el kátib Abú-Isahack-ben-Chábir adelante su caballo, y emparejando con el Sultán se determinaba, no sin alguna vacilación, á dirigirle la palabra.

—¡Oh señor y dueño mio!...—decía Abú-Isahack—¡Haga Alláh descender sobre tu cabeza los tesoros de su bondad infinita y de su misericordia inagotable!...

—¡Ah! ¿Eres tú, mi buen Isahack?—preguntó Mohámmad, fijando sus miradas distraídas en el kátib.

—Sí, yo soy, señor; tu esclavo, que llega á tí con el deseo de que las sombras que envuelven tu espíritu se disipen, y la luz de tu mirada haga brotar la alegría en el corazón de los siervos que te acompañan y te siguen.

—Tienes razón; es cierto...—replicó el Sultán.—Pero nadie mejor que tú conoce el vuelo de mi pensamiento, ni puede penetrar la emoción que me domina... ¿Crees tú que me sea dado mandar á mi corazón que calle, á mi imaginación que deje de presentarme llenos de

vida, de animación y movimiento los cuadros de un pasado lisonjero, y que tengo autoridad para impedir á mi pensamiento que traspase los límites del presente, se recree en lo que fué y penetre atrevido en las regiones de lo que será? ¡Ah, no, no, Isahack! ¡Es imposible!...

—Bien lo veo, señor—repuso el kátib respetuosamente.

—Los años han pasado por el desierto de mi vida como el pesado camello pasa lenta y acompasadamente en la fila de una caravana la extensión arenosa é interminable del *Sahara*... La nieve ha empezado á caer sobre mi cabeza, pero no ha apagado el ardor de mi pecho; y á pesar de los hilos de plata con que blanquea mi barba, siento latir mi corazón apresurado, como cuando hace ya diez y seis años me acompañabas tú á los dominios de Castilla!... ¡Ah Mariem, Mariem! ¡Qué ingrata fuiste conmigo, y cuánto daño me has hecho!

«¿Te acuerdas tú—prosiguió el Sultán después de breve páusa—te acuerdas de la última vez que la ví?—¡Cómo ha pasado el tiempo! Mi buen padre (¡Alláh le haya perdonado!), á consecuencia de la pérdida de Málaga, ciudad de que se había apoderado el Sultán de los Beni-Merines, trató de atraerse la amistad del Sultán de Castilla, Xanchol-ben-Adhefunx, y aprovechando yo aquella favorable coyuntura, marché á Ixbilia, donde Mariem se encontraba... ¡Qué hermosa estaba! Sus ojos azules, como el cielo sin nubes, parecían luceros resplandecientes; sus labios, rojos como la flor del granado, dejaban ver, cuando se entreabrían para sonreír, aquellos blancos, iguales y menudos dientes que semejabán, al lado de los labios, gotas de rocío; su cuello y su garganta, mórbidos, flexibles, elegantes como el cuello del cisne; sus mejillas, que el rubor coloreaba, eran más finas que el raso que fabrican en Granada; su talle esbelto, su pecho prominente, sus manos, que parecían ramos de jazmines, y su aliento embriagador, que me trastornaba y enloquecía!...

»Cuando de noche abría misteriosa y callada las puertas de su ventana y á través de la tupida celosía fijaba en mí sus miradas, sentía arder todo mi cuerpo; y cuando sus labios murmuraban aquellas frases de amor, que no olvidaré nunca, te juro, Isahack, y así Alláh me perdone, que habría dado todas las dulzuras del Paraíso eterno por haber permanecido al pie de aquella reja toda mi vida!...

»¡Aún me parece que oigo su voz, aquella voz suave, dulce y melodiosa, que no podrán imitar nunca las huríes celestiales! ¡Aún resuena en mis oídos el grito desgarrador que partió de sus labios cuando, ébrio de amor, loco por la pasión y sin saber lo que hacía, le declaré que no era por cierto el rendido galán que á sus plantas suspiraba lo que ella había creído! Cuando supo el abismo que entre nosotros abrían nuestras creencias, y dándome á conocer, le propuse abandonar á Ixbilia para volar á Granada, donde á ambos nos esperaba sonriente la felicidad eterna en nuestro amor profundo y verdadero!»

—¡Cuántas veces, señor—interrumpió Isahack—he recordado la escena que traes á la memoria, al verte discurrir, triste é insensible, ora por las caladas galerías de tu palacio, ora por entre las apretadas filas de combatientes en la guerra!

—¡No la he olvidado, no!—continuó Mohámmad.—Su imagen deleitosa quedó para siempre grabada en mí corazón, y cuando me anunciaste que, casada y con hijos, se hallaba tan cerca de mí, en Al-Mantdar, ya has visto la premura con que he volado y vuelo hacia ella!... Por Alláh te juro, que si la suerte corona mis afanes, no volverá Mariem á separarse de mi lado! ¿Qué importa que su cuerpo virginal haya sido profanado, si guarda en el alma el recuerdo de nuestro amor?... En balde he esperado que el trascurso del tiempo calmase mis angustias... ¡Todo ha sido inútil, y ahora me parece que, como hace tantos años, voy á volver á verla, detrás de aquellas celosías, y tiemblo en este momento, cual entonces, enamorado y loco!...

—¡Oh, señor mío!... Refrena el ardor que te arrebató: que la tranquilidad vuelva á tu pecho! De otra manera, venderás tu secreto, el secreto de tu vida, que nadie sospecha.

—¡Ni nadie ha de sospecharlo nunca, Isahack!—exclamó el Príncipe con ademán amenazador.—¡Pero no sé si sabré contenerme cuando la vea!... Estará muy cambiada... Acaso la luz divina de sus ojos se haya oscurecido: que la mujer es flor brillante y delicada, el cierzo de los años la marchita en breve, y es mucho el tiempo que ha pasado desde que no la he visto! ¿Me reconocerá ella?... ¿Qué dirá al verme?... ¿Habrà conservado memoria de mí? Ella, que tanto me

amaba, ¿no me habrá aborrecido y no habrá desechado como pesadilla fatigosa y terrible la imagen de aquél que tan tiernamente la adoraba? ¡Que Alláh me ilumine!... ¡Porque creo que la alegría de volver á verla y de pensar que ha de ser mía, me vuelven loco!

No contestó nada el kátib Isahack, y dejando que el Sultán prosi-guiera entregado á sueños tan deliciosos, cuya realización pretendía, caminó al lado de Mohámmad sin pronunciar palabra.

Las tropas, entre tanto, seguían marchando aceleradas, según lo consentía lo accidentado y escabroso del terreno y sin dar muestras de fatiga.

A la caída de la tarde detúvose el ejército, y después de ligero momento de descanso, durante el cual permaneció Mohámmad sin apearse de su cabalgadura y devorado visiblemente por la impaciencia, volvióse á emprender la caminata con el mayor orden y en medio del silencio más profundo.

Ya bien entrada la noche habían traspuesto los expedicionarios las fronteras de Granada, hallándose en los dominios de Castilla; y á favor de la luna, que iluminaba dulce y apaciblemente el espacio, fuéles dado distinguir, en la cima del encrespado monte que á su frente como barrera inexpugnable se levantaba, los cubos, las murallas y el desigual y blanco caserío de la fortaleza de Al-Mantdar, que aparecía á sus miradas dormido con tranquilo sosiego bajo el amparo de la robusta alcazaba, cuya torre principal dibujaba limpiamente sus contornos y su almenada crestería sobre el azul sereno de los cielos.

Al contemplar Mohámmad el cuadro pintoresco que ofrecía la población, contuvo instintivamente su caballo, y dirigiéndose de pronto al kátib, exclamó, señalando con un ademán la fortaleza:

—¡Allí está!... ¡Sí! ¡Allí está Mariem!... ¡Dentro de poco estará en mis brazos y para siempre!

Y mandando hacer alto á su ejército, mientras disponía que parte de sus ginetes recorriesen el campo para impedir que la plaza pudiera ser avisada antes de tiempo de la presencia de los granadinos, dividía el resto de sus fuerzas en dos cuerpos, los cuales comenzaron en silencio á subir por distintos lados la áspera montaña, para cercar por completo á Al-Mantdar y asegurar de tal modo su conquista.

III

A la mañana siguiente, cuando, disipadas las sombras de la noche, la luz del alba hizo palidecer primero y borrarse luégo en el espacio la nacarada luna, los tranquilos habitantes del pequeño y fortificado pueblo de Al-Mantdar despertaron sobresaltados, viendo con asombro coronado el monte por los guerreros del Islam, y todo fué confusión y desórden en la plaza.

La escasa guarnición, al mando del alcaide don Sancho Sánchez de Bedmar, apareció en el adarve dispuesta á resistir á los enemigos de su religión y de su patria; pero éstos eran más poderosos, y no se ocultó, en manera alguna á don Sancho, lo imposible que habría de serle, en aquella posición, aislado por completo y sin comunicaciones de ningún género, el rechazar á los musulímes, que tan inesperadamente le atacaban.

No era tampoco su ánimo el rendirse; y por esta razón, en tanto que multiplicaba la vigilancia, apercibíase á la defensa por cuantos medios encontró á su alcance, esforzando los ánimos y dando ejemplo de serenidad y valentía en tan críticas circunstancias.

Allá, á la parte oriental de la población, rodeada de dobles muros y erizada de troneras y matacanes, se erguía la alcazaba, residencia del alcaide y punto el más fortificado de la plaza.

Sobre su torre principal, erguida y majestuosa, flotaba al ligero viento de la mañana el pendón real de Castilla y de León.

Allí estaba Mariem, y por eso Mohámmad había escogido, para aposentarse, el lado oriental de la plaza; y allí, al pie de aquel torreón, que parecía amenazar su furia, y del cual le separaba hondo y quebrado foso, allí se hallaba el Sultán granadino á la cabeza de sus gentes, mirando con ojos amenazadores la fortaleza de aquellos muros, que había de ceder ante la fortaleza de sus leones del combate.

La agitación que en Al-Mantdar reinaba y se hacía cada vez más sensible, le revelaba claramente la seguridad del triunfo codiciado; y deseoso de poner término á sus angustias, determinábase Mohámmad, por consejo de su guazir Ben-Aly, á mandar á la población un emisario intimando al alcaide que se rindiese.

Fué el kátib Isahack-ben-Chábir á quien tocó encargarse de tal misiva; y colocándose ante los muros de la plaza, demandaba allí, en lenguaje cristianiego, que se presentára el alcaide, lo cual efectuaba, aunque no sin repugnancia, don Sancho Sánchez de Bedmar, acompañado del notario real y de sus dos hijos, Juan Sánchez y Jimén Pérez.

—¡En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso!—exclamó el kátib á grandes voces.—El muy noble, muy leal, muy guerrero y poderoso Abú-Abdil-Láh Mohámmad, Sultán de Granada, me envía á tí para que, reconociendo su fuerza y poderío, le entregues á discreción la fortaleza y la ciudad, so pena de su terrible cólera. Ya ves cuán fácil le es, al frente de sus aguerridas tropas, apoderarse de ella: ya ves lo imposible que te será á tí el resistirle. ¡Ríndete, pues, ¡oh alcaide!, antes de que llegue hasta tí y los tuyos el rayo de su indignación y su coraje!

—¡Basta!—rugió don Sancho avanzando sobre el adarve.—Dí á tu dueño y señor que don Sancho Sánchez de Bedmar no se rinde, y que mientras tenga alientos para empuñar la espada, no consentirá que esta fortaleza y esta ciudad se entreguen al enemigo de su Dios y de su Rey. Díle que no me amedrenta el aparato con que me amenaza; que vale más cualquiera de mis soldados que todos los suyos juntos, y que no traspasará las puertas de la población en tanto que haya un solo hombre, dentro de estos muros, que pueda gritar como yo grito: ¡Viva Castilla! ¡Al-Mantdar por el Rey don Fernando!

Y sin esperar respuesta, retiróse del muro don Sancho, seguido de los que le acompañaban.

Cuando Mohámmad tuvo noticia de la valerosa respuesta del alcaide, no fué dueño de ocultar el regocijo que se apoderó de su alma: porque las palabras del señor de Al-Mantdar, eran la sentencia de muerte del que usurpaba al granadino el corazón de su amada.

Tenía ansia de conocer á aquel hombre, de humillarle en presencia de Mariem, de derramar toda la sangre que circulaba por las venas del cristiano, para ahogar en ella la furia de los celos que le poseía.

Porque aquel hombre, que se llamaba dueño de la mujer por él amada, que podía verla á todas horas y podía gozar de sus caricias, era, aunque sin conocerle, su personal enemigo, y ansiaba el momento de romper con sus manos aquel señorío y apoderarse de Mariem, á quien había rendido su corazón y su alma.

Por esta causa, pues, y oyendo sólo la voz iracunda de los celos que le devoraban, formadas las batallas de guerreros, avanzó amenazador hacia la población, estimulando con su ejemplo á los soldados.

Mas, abriéndose de rebato las puertas de la fortaleza, salían en tropel de ella como hasta cien peones, á cuyo frente caminaba erguido y sereno el alcaide, y daban de tal suerte sobre los granadinos, que, sorprendidos éstos por lo inesperado del ataque, cejaban al primer choque para rehacerse en breve.

De corta duración fué la lucha; pero sangrienta y empeñada.

Atacaban los de don Sancho con el valor de la desesperación y se revolvían furiosos contra los musulmanes; pero vencidos por el número, viéronse al fin forzados á volver á la ciudad, desde cuyos muros defendían su retirada, con toda clase de proyectiles, los que no habían tomado parte en la salida.

Animados por el triunfo, y despreciando el riesgo, acercábanse al foso los granadinos; y tendidos sobre él los troncos de algunos árboles, trepaban denodados por la muralla, llegando algunos á salvar las almenas y penetrar en el recinto de la población, desde donde arrojaban los sitiados los cadáveres informes de los atrevidos asaltantes al campo de Mohámmad.

Batidas al propio tiempo las murallas, lograban no sin pérdidas los musulmanes apertillarlas, abriendo en ellas brechas; pero los pechos de los valientes nassaríes reemplazaban con ventaja las derribadas piedras, y al cabo de la jornada, Al-Mantdar seguía ostentando en lo alto de la alcazaba el estandarte real flotando al viento.

Cuando el sol, cansado de aquel sangriento espectáculo, desapareció tras de los elevados montes que allá en el horizonte se extendían, mandó el granadino suspender el ataque, con el propósito de renovarlo á las altas horas de la noche y cuando los sitiados al-mantdaríes menos lo esperasen, cesando así todo ruido y retirándose Mohámmad á su tienda, armada á no larga distancia de las fortificaciones por el lado de la alcazaba.

Clara y templada era la noche; la luna se destacaba espléndida y brillante sobre el fondo azulado del firmamento, y la brisa discurría silenciosa por entre los arbustos que crecían en las tajadas y breñas del empinado cerro.

Allá, en el fondo del valle, la vista se espaciaba contemplando en vagas ondulaciones la fértil campiña que cerraban por Oriente y Poniente como una ensenada gigantescos montes, cuyas crestas caprichosas á la luz apacible de la luna se recortaban fantásticas, semeñando extrañas figuras; y brillando cual reluciente espejo, veíanse correr á no larga distancia las tranquilas y sosegadas aguas del río formado por la confluencia de las vertientes de la cordillera que, internándose al Mediodía por Granada, iba por la cora de Málaga á terminar en el mar de Siria (1).

Hermosa era la perspectiva que desde las alturas ocupadas por Mohámmad y sus tropas se distinguía; no sin razón llamaban á aquel lugar que ahora tenían cercado los granadinos *lugar de buena vista* (2), pues con dificultad podría gozarse de otra más deleitable.

La naturaleza allí parecía querer mostrar su prodigalidad y su exuberancia, y en medio de los sembrados, que fecudaba el río, se

(1) El Mediterráneo.

(2) No otra cosa parece significar el nombre arábigo de *Al-mantdar*, trocado luego en Bedmar por los cristianos.

alzaban bosques de olivos, erguidos álamos y multitud de arbustos que con extensos viñedos y alegres huertas llenaban el valle, de que obtenían pingües frutos los pueblos fronterizos del reino de Castilla.

Inquieto, sin acierto para sosegar su espíritu, impulsado quizás por fuerza superior á su propia fuerza, Mohámmad se ahogaba en el estrecho recinto de su tienda de bordada sedería. La débil luz del candilillo de azofar que ardía pendiente del centro de la estancia, apenas si conseguía desvanecer con su dudosa claridad las sombras que envolvían al Sultán, claras y transparentes al lado de las negras sombras que tenían invadida su alma.

Abrasábale la impaciencia y le desesperaba la lentitud con que las horas caminaban, no pareciendo sino que se burlaban de su angustia.

Al fin, no pudiendo contenerse, alzó la cortina que cerraba la tienda, y haciendo llamar á su kátib predilecto Abú-Isahack, abandonó con él los reales.

—Dentro de breves momentos, señor—exclamó el kátib viendo que Mohámmad permanecía callado—serás dueño de Al-Mantdar, y tuya será la joya que codicias... ¡Que la luz de la felicidad duradera, y ya tan próxima, borre para siempre lo sombrío de las tintas que empañan tu semblante!

—Alláh te oiga, Isahack—replicó el Sultán.—Pero tú no puedes comprender lo intenso del fuego que arde en mis entrañas... Soy como aquel peregrino del desierto á quien la sed acosa y se siente débil, postrado y sin fuerzas para llegar al cercano oasis que le brinda toda suerte de venturas. Sí. ¡Ya sé que en breve mis valientes granadinos habrán penetrado en esa ciudad, que es para mí el edén! ¡Pero pensar quizás que en estos mismos momentos Mariem se halla en los brazos de otro hombre que no soy yo, es pensar en las dulzuras del Paraíso desde las horrendas profundidades del *chakanem* (1) maldito!

—No desespere, ¡oh, señor mío! La hora se aproxima—dijo

(1) El infierno.

Isahack, acomodando su paso al de Mohámmad... ¿Sabes tú acaso si Mariem en estos instantes habrá vuelto á tí los ojos?...

—¡Silencio!— clamó el Sultán deteniendo con imperioso ademán á su kátib... Me parece que he oído pasos .. Sí... no me equivoco...

Y echando mano á la espada, torció á la derecha iracundo y decidido.

Los pasos se escuchaban, con efecto, resonar sobre las rocas; y desenvainando Isahack también su espada, se incorporó á su señor de un salto.

Pocos momentos después, un bulto cuya calidad y cuyas formas ocultaba lo desigual del terreno, apareció á la vista de ambos, marchando, no sin precauciones, en dirección del campamento.

Parecía, por el camino que llevaba, proceder de la población sitiada, y cuando la luz de la luna cayó sobre él, pudieron Mohámmad é Isahack convencerse de que no era por cierto de los suyos el que ante sus ojos se aparecía.

Antes de que hubiera podido conocer la presencia de los musulmanes, Isahack se había lanzado sobre el nocturno viajero, y poniéndole en la garganta la afilada hoja de su alfanje, le intimó que se rindiese.

—Bien ves que no me es dado otra cosa—replicó el desconocido, sin hacer esfuerzo alguno por desembarazarse y con acento bastante tranquilo.

—Pues bien; dínos quién eres y cuál es la causa de que te encontremos rondando por estos sitios en momentos tan solemnes para Al-Mantdar—prosiguió Isahack sin soltar al aparecido.

—Eso haré de buen grado—contestó éste—cuando me dejes en libertad de hablar.

A una seña del Sultán dejó el kátib de oprimir la garganta de aquel hombre, quien avanzando hacia Mohámmad, exclamó:

—Por vuestro trage y vuestro modo de hablar, conozco que sós de las gentes del Sultán de Granada, que tiene cercada esta fortaleza. En busca iba del Sultán, de parte de mi señora la alcaldesa, para entregarle una carta y volver en seguida con la respuesta, á fin de sose-

garla. Hacedme, pues, el favor de acompañarme ó de guiarme al sitio donde pueda encontrar al Sultán para cumplir mi encargo.

—¡Alláh es quien te guía, oh nassarí!—dijo Mohámmad—pues te ha puesto en mi camino. Yo soy el Sultán para quien tu ama te ha entregado la carta á que te refieres. Entrégamela sin temor.

No sin grande vacilación resolvióse el cristiano á entregar la carta de doña María, y aún no lo habría hecho, si el terrible Isahack no le hubiera forzado á ello con la hoja de su alfange.

Llevó Mohámmad á su corazón y á sus labios la misiva de la alcadesa; y, trémulo por la emoción, desgarró la nema, y á la luz de la luna, que era harto clara, pudo leer la carta, que decía:

«Si de aquel tiempo pasado en que decíais, señor, ser mi más sumiso esclavo, los azares de la vida han dejado en vuestro corazón huella ó recuerdo alguno, yo os ruego, señor, por el amor que me tuvisteis, por el amor que sin conoceros os tuve, por las risueñas ilusiones que forjó para nosotros nuestro deseo, yo os ruego, señor, que abandonéis ésta empresa, mezquina y miserable para un Monarca tan poderoso como vos lo soís, pues vencer á Al-Mantdar es lo mismo en vos que luchar el águila potente con la indefensa paloma.

»Si accedéis á mi súplica, si pueden aún en vuestro corazón mis palabras, señor, yo bendeciré mientras viva vuestro nombre como el del más noble, el más excelso, el más piadoso de los hombres, y pediré á Dios que os otorgue benigno todas las alegrías que devolveréis al angustiado pecho de la que en un tiempo llamásteis vuestra

MARÍA.»

—¡Oh, cuán engañada estas, Mariem!—exclamó en arábigo Mohámmad.—¿Crees, por ventura, que puedo yo ahogar la voz de mi sangre, que te llama? ¿Crees tú que podré vivir en la oscuridad eterna á que me has condenado, cuando me bastará tender el brazo para poseerte?... ¡No te has olvidado de mí, no!... ¡Pero te acuerdas é invocas nuestro amor, que en mí no se ha extinguido ni se extinguirá jamás, para pedirme un imposible!...

«¡Cristiano!—prosiguió hablando ya en algarabía—dí á tu señora que la suerte ha hecho me encontrases antes de lo que pensabas, y que el Sultán de Granada ha leído su carta...

—¿No le diré más, señor?...—preguntó el emisario.

—Sí... Dile que yo también tengo memoria... Que Alláh, al nacer los hombres, les traza de antemano el camino que deben seguir en la vida... Que lo que ha de ser, será; no hay duda en ello.

Y despidió con majestuoso ademán al emisario de doña María Jiménez.

Cuando hubo desaparecido y el rumor de sus pasos se extinguió por completo, Mohámmad asió con fuerza del brazo á su kátib, y tornaron ambos apresuradamente á los reales sin pronunciar palabra.

IV

Ya en la tienda del Sultán, hizo éste avisar á sus guazires y caudillos, y dictadas las últimas disposiciones, con el mayor sigilo comenzó á moverse la tropa.

Por acaso de la fortuna, sin duda, una nube aislada, que flotaba en los espacios, ocultó por algún tiempo la luz de la luna; y á favor de la sombra fuéles dado á los granadinos acercarse á la fortaleza, de donde de vez en cuando se escuchaba surgir clara y distintamente la voz de *alerta* que daban los centinelas en sus puestos.

Utilizando así las grietas y asperezas del muro, como las quiebras que en él durante el día habían logrado hacer los sitiadores,—con el mayor silencio, escogido un punto de la muralla, conseguía, no sin esfuerzo, trepar al adarve uno de los musulimes, quien sorprendiendo al fatigado centinela, dábale allí pronta y segura muerte; y desliando después el tendido turbante, al modo que en los primeros días de la invasión se efectuaba en Córdoba, trepaban con mayor desembarazo algunos granadinos por la improvisada escala, en tanto que el grueso de la fuerza de Mohámmad se dirigía á la puerta principal de la ciudad, custodiada por los cristianos y el mismo alcaide en persona.

Trabada la lucha y batidos los al-mantdaríes dentro y fuera de la plaza, el triunfo no podía ser dudoso; pero decididos á vender caras

sus vidas, ni reparaban los nassaríes en el número de los contrarios, ni la efusión de sangre les intimidaba; antes, por el contrario, acreciendo su valor ante el peligro, reñían como leones en defensa de sus hogares, en tanto que, abierta una de las poternas de la alcazaba—de la cual habían conseguido posesionarse los granadinos que asaltaron las murallas—penetraba por ella el resto de la fuerza, sembrando por la ciudad la desolación y el espanto.

La luz del incendio, que prendió bien pronto en el miserable case-río, claramente demostraba á los nassaríes que era para ellos llegada la hora de la muerte; por esta causa, pues, abandonando don Sancho la puerta que defendía, encaminóse todo trémulo y lleno de ansiedad hacia la alcazaba, por cuyas ventanas y troneras salía á torrentes la lumbre de las antorchas que agitaban los vencedores.

A la cabeza de los musulimes habían penetrado por la poterna de la alcazaba el Sultán y su kátib predilecto, desnudas las espadas; y subiendo apresuradamente las escaleras del edificio, recorrían agitados las estancias del mismo, buscando á la infeliz doña María Jiménez.

—¡Oh!—exclamaba Mohámmad—¿será posible que toda esta sangre sea estéril y que no me sea dado estrechar en mis brazos el cuerpo de esa mujer que es mi tormento?

—¡Aquí!—gritaba enarbolando en la siniestra una antorcha, cuyo rojizo resplandor iluminaba sombríamente los muros del edificio.—
¡Aquí! ¡Luz!

Y seguido de Isahack y de algunos bereberes, penetró al cabo en una estancia ancha y espaciosa, pero abandonada, á cuyo extremo se abría una puerta, cuyos batientes no cedieron al impulso poderoso de su brazo.

Bien pronto á los esfuerzos de los soldados cedió la puerta, y ante los ojos asombrados del Imám apareció lujoso camarín, en cuyo fondo, en pie, agitada, empuñando un arma defensiva, se alzaba, rodeada de algunas doncellas, altiva y orgullosa, una mujer hermosa como un sueño...

Detúvose Mohámmad al contemplarla, y conteniendo Isahack á la muchedumbre, que pretendía lanzarse dentro del aposento, adelan-

tóse el Sultán, penetrando en él con muestras de marcado sobresalto.

Pero antes de que hubiera podido acercarse á la dama, dos hombres, dos niños, mejor dicho, le interceptaron el paso esgrimiendo el acero.

—¡Atrás, infame!—gritó uno de ellos, encarándose con el Sultán.

Pero Mohámmad, desviando al mancebo, avanzó como fascinado hacia la dama, al propio tiempo que las gentes del granadino se apoderaban de los jóvenes, y desarmándolos, á pesar de su resistencia, los dejaron bajo la custodia del kátib Isahack.

—¡Vienes á gozarte en tu hazaña!—exclamó doña María, pues ella era la mujer que tenía ante sus ojos asombrados el muslime.

—¡No, Mariem!—gritó éste con trémulo acento.—¡Vengo á tí como el arroyo va al río, como el río va al mar, como las nubes siguen el impulso del viento! ¡Vengo á tí sin darme cuenta de mí mismo! ¡Para no separarme nunca de tí, para ser tu esclavo!

Y volviéndose á Isahack, hízole una seña, y la soldadesca, llevando consigo á los dos mancebos, salió del aposento guiada por el kátib, dejando en él al Sultán y á las mujeres que rodeaban á doña María.

—¿Has olvidado, por ventura, ¡oh Mariem! el incendio abrasador que encendiste en mi pecho, y el amor inmenso que hicieron tus encantos nacer en mi alma?—prosiguió Mohámmad animándose.

—¡Calla!—replicó doña María.—¡No profanes la gloria que has conseguido con este triunfo miserable insultando á tus víctimas!... Tú eres mi enemigo, el enemigo de mi Dios, el enemigo de mi patria, el enemigo de mi ventura y mi reposo! ¡Y osas traer á la memoria recuerdos que maldigo!... ¡Oh! ¡No sabes cuánto te aborrezco! ¡No sabes cuánta es la repugnancia que me inspiran tus palabras!... Dueño eres de mi vida, pues estoy en tu poder, pero no me impongas el tormento insufrible de escucharte...

—Oye, Mariem, y no destroces mi pecho...—murmuró Mohámmad lleno de zozobra al oír en boca de su amada aquellas frases.

—¿Quieres que te oiga? ¡No!... ¡Antes la muerte!... ¡Yo era feliz, sí, feliz y dichosa al lado de aquél que Dios me dió por señor y por

compañero, al lado de mis hijos, que eran mi orgullo y mi alegría, y tú, tú, maldito de Dios, tú has sido quien ha destruído en una hora toda mi felicidad, todas mis alegrías, todas mis esperanzas! ¿Y quieres que te escuche, quieres que manche mis oídos oyendo tus palabras, cuando sólo he recibido de tí males sin cuento? ¡Oh! ¡Antes de que tus verdugos, antes de que tú ni nadie ose poner sus manos en mi cuerpo, sabré con este acero arrancarme la vida!

—¡Por Alláh—replicó el granadino—que no esperaba que tus labios profiriesen para mí tan terribles ofensas!... ¡Si tú supieras Mariem, cuánto he sufrido desde que no te veo! ¡Si conocieras lo horrible de los tormentos que han conmovido mi vida desde que en Ixbilia, bien me acuerdo, hace ya diez y seis años, me arrojaste de tu presencia cuando te abrí mi corazón y te mostré el fuego intenso que por tí me devoraba!... ¡Y quieres que después de tantos años como he callado, de tanto tiempo como he sufrido, quieres que hoy, que te tengo en mi poder, renuncie á mi felicidad y á mi dicha!... ¡Ya ves cuán imposible es lo que deseas!

—¡Por tí—añadió—sólo por tí, he armado mis valientes granadinos para combatir esta fortaleza! Porque sabía que en ella estabas, y porque los mal dormidos recuerdos de aquellos días, que pasaron y son mi gloria, se despertaron poderosos, irresistibles en mi ser, impulsándome á volar á tu lado. ¡Sí! ¡Por tí ha corrido la sangre de mis valientes, por tí el fuego siniestro del incendio alumbró hoy esta población, y por tí habrías derramado hasta la última gota de la sangre de los hombres todos del mundo, si ella hubiera sido necesaria para tenerte en mis brazos!

—No será eso, ¡por Dios!... rugió detrás del Sultán una voz robusta y poderosa, impregnada de amenazas.

—Y ¿quién habrá de impedirlo?—contestó Mohámmad volviéndose rápidamente.

—¡Yo!—clamó don Sancho Sánchez de Bedmar, penetrando en la estancia cubierto de sangre y con la espada en la mano.

—¡Tú! ¿Quién eres tú, para oponerte á mi voluntad?... Preguntó colérico el musulme.

—Soy el único señor de esa mujer á quien amedrentas; soy San-

cho Sánchez de Bedmar, alcaide de esta población que has rendido por la alevosía; soy quien te hará pagar cara tu soberbia. ¿No me esperabas?... ¡Ah, no, no! ¿Has creído logrado tu triunfo, completa tu hazaña, porque tus soldados se han apoderado de mis hijos, porque han vencido á dos niños sin fuerzas para resistirles? . . ¡Brava hazaña, por Dios, la tuya! ¡Rendir con todo tu poder una fortaleza sin defensa, vencer á niños inocentes y amenazar mujeres!...

—¡Te equivocas, Sancho! ¡Sí! ¿Eres tú, por ventura, el hombre que me ha robado el amor de Mariem, el hombre que gozaba de sus caricias?... ¡Oh! ¡Por Alláh que ansiaba el momento de hallarte en mi presencia!...

—Poco se ha conocido, infiel, cuando no has ido á buscarme en la pelea, y como la astuta zorra penetras en mi hogar, hiriéndome por la espalda, creyendo triunfar impunemente de mí, como has triunfado de los míos. Pero aquí me tienes... Todo lo he oído, y sé ya que lo que apeteces no es la posesión de esta fortaleza, sino la de la madre de mis hijos. ¡Ven, pues, á disputármela, si tienes corazón para ello!

Y arrogante, amenazador, terrible, Sancho Sánchez se colocó delante de doña María, cubriéndola con su cuerpo.

Las doncellas, aterrorizadas, habían huído, y la infeliz dama, con los ojos extraviados, la garganta seca y el corazón oprimido, no acertaba á moverse del sitio en que se encontraba.

Mohámmad, entre tanto, había cruzado su espada con la del castellano, y ambos luchaban desesperados, locos de coraje.

De pronto abrióse con estrépito la puerta principal del aposento; y antes de que el Sultán y el alcaide hubieran podido impedirlo, Isahack, con algunos de los suyos, penetraba en el camarín, y apoderándose de don Sancho los unos, mientras los otros asían á doña María Jiménez, desaparecían como rápida exhalación con su presa.

—¡Cobarde!—rugía don Sancho haciendo inútiles esfuerzos para librarse de los que le oprimían y dirigiéndose á Mohámmad.—¿Es esta la lealtad de que blasonas tú y blasonan los tuyos? Si esto hace un Rey, ¿qué harán, infame, sus vasallos? ¡Arráncame la vida! ¡Que

mis ojos no vean mi deshonra!... ¿No ves cómo te insulto? ¡Es que quiero que me mates!

—¡Isahack, Isahack!—gritaba al propio tiempo Mohámmad—¡Deja en libertad á ese hombre! ¡Quiero que muera por mi mano! ¡Ay de aquel que ose tocar á un solo cabello suyo!

Pero Isahack no contestaba, y en vano fué que el Príncipe le buscara por todas partes.

Parecía haber desaparecido en el abismo con los cautivos que en tan alto grado interesaban á Mohámmad.

V

Alegre y placentera, como si con su lumbre pura hubiese de iluminar escenas de felicidad y de dicha, poco tardó el alba en aparecer por el Oriente, extendiendo silenciosa y risueña por el valle y las alturas su manto esplendoroso, que matizaban los primeros rayos del sol naciente.

Triste, muy triste era el aspecto que ofrecía Al-Mantdar en tal momento, después de los sucesos horribles de aquella noche de espanto y de pavor: escombros negruzcos y humeantes, paredes grieteadas, edificios derruídos é informes, habían reemplazado en breves horas á aquel blanco y tranquilo caserío que, al amparo de la alcazaba y de los torreados muros, parecía asomarse sobre ellos para contemplar desde allí la deliciosa perspectiva que el campo le brindaba; y aquella población confiada, llena de esperanzas y de vida, que alentaba gozosa y sin recelo dentro del fortificado recinto, se había trocado en turba de cautivos ó montones de ensangrentados cadáveres, cuyos mutilados cuerpos por todas partes se encontraban.

El ángel de la destrucción y de la muerte había batido sus alas asoladoras sobre Al-Mantdar, y ya sólo de ella quedaban horribles ruinas.

Bajando iban en dolorosa peregrinación por el monte, inermes, acongojados y sollozantes los nassaríes cautivos, entre los valerosos hijos de Granada.

Allí iban, lanzando tristísimas quejas y abundoso llanto, las mujeres, en confuso tropel, seguidas de sus ganados y de todas sus riquezas, de que se habían apoderado los musulimes victoriosos.

Y allí, sujetos los brazos por fuertes ligaduras, descubierta la cabeza y ensangrentado, iba también á pie el alcaide Sancho Sánchez de Bedmar, llevando al lado, oprimidos como él, á sus hijos los jóvenes mancebos Juan Sánchez y Jimen Pérez.

Mudos, sombríos, con la muerte retratada en el escarnecido rostro, pálida la color y el triste corazón lleno de congojas, marchaban los tres formando un sólo grupo.

Delante de ellos, al lado del Sultán de Granada y de su kátib predilecto Isahack, caminaba sobre un caballo la gentil doña María, cuyos ojos extraviados vagaban por todas partes, y cuyas manos desfallecidas apenas bastaban para retenerla en su montura.

Contaba aquella mujer poco más de treinta y un años, y el tiempo había sido para ella tan benigno, que no había dejado en su semblante encantador huella alguna de su paso.

Azules como el cielo en días de calma eran sus ojos, y tan dulces y atractivos, que no podía mirárseles sin emoción y embeleso; semejaban cuando los abría, á través de las doradas y sedosas hebras de sus pestañas, sagradas y esplendentes lámparas de oculto santuario.

Parecía su faz rosada perla de Oriente, y el aura fresca de la mañana, agitándose en torno, devolvía benéfica sus matices á las rosas que esmaltaban sus mejillas.

Su boca, breve y contraída por el disgusto, se ofrecía como un rubí, y los cabellos, como el oro de Tibar, caían sobre su tersa frente por bajo de la toca que la encubría.

El arco de sus agudas cejas fruncidas, el óvalo de su rostro peregrino, la blancura de sus manos delicadas, la morbidez excitante de sus formas redondas y gallardamente contorneadas, que se dibujaban á través del traje, todo hacía de aquella mujer una criatura superior, semejante á aquellas creadas por Alláh en el Paraíso para deleite de los musulmanes.

Brillaban en sus ojos, transparentes cual fúlgidos diamantes, las

lágrimas y los sollozos; y los suspiros, levantando su pecho, buscaban fácil salida por sus secos y amoratados labios.

Silenciosa y triste, sin pronunciar palabra, caminaba entre Mohámmad é Isahack, sin que despertára su atención, divertida en profundas cavilaciones, lo hermoso del panorama que ante ella se abría á cada paso.

En vano los ojos del Sultán buscaban en los de la hermosa cautiva un rayo de esperanza; insensible á cuanto la rodeaba, parecía que su espíritu había volado á otras regiones.

Al fin, y no pudiendo contenerse, Mohámmad exclamó con acento conmovido:

—Enjuga, ¡oh señora mía! el llanto que vierten tus ojos y resbala abrasador por tus mejillas... Sólo tu dicha es lo que mi alma ambiciona... Yo rodearé tu existencia de placeres inextinguibles; yo haré brotar para tí las flores de la alegría, y te haré tan feliz con mi cariño, que cuando Azrael separe tu cuerpo de tu alma y te trasporte á los jardines inagostables del Paraíso, te parezcan mezquinas las alegrías del cielo al lado de las que para tí reserva mi corazón enamorado.

No desplegó sus labios la cautiva para contestar al Sultán; pero fijando en él los apagados ojos, fué tal la angustia que revelaron sus miradas y tan severo el reproche que Mohámmad leyó en ellas, que, sin darse cuenta de su emoción, acercó al de Mariem su caballo y prosiguió, diciendo:

—Sí, Mariem.. Mi conducta, que hoy te parece abominable, será mañana el mejor testimonio de mi acendrado amor. ¿Crees tú que quien haya por una sola vez contemplado tu belleza, quien haya sentido en las entrañas el fuego abrasador que derraman tus ojos, puede en momento alguno de su vida olvidar tus encantos? ¿Crees tú que yo, que he sido tan feliz escuchando tu voz sonora y argentina, que he merecido que tus labios me sonriesen, que tu lengua me confesara que no te era indiferente, que á la luz de la luna te he hecho mil juramentos y protestas de cariño, por tí no rechazadas, crees que podría vivir sin aspirar tu aliento, sin beber en tus labios húmedos y abrasados el néctar delicioso de la vida, sin estrecharte entre mis brazos, sin sentir los latidos de tu corazón sobre el mío, sin embria-

garme con el encanto irresistible de tus miradas fascinadoras? ¿Por qué me desdeñaste? ¿Por qué me rechazaste, cruel, cuando te descubrí mi religión y mi estirpe, si nuestras almas, libres é independientes, se habían unido en amoroso lazo sobre las mezquinas preocupaciones que apartan á las criaturas en la tierra?... ¿No sabes que Alláh y tu Dios son uno solo; que Mahoma é Isa, tu Jesús, son enviados de Alláh y que su espíritu es el espíritu del Señor del Trono excelso? ¿No sabes que tu María y la Mariem que mi ley reconoce como madre de Isa, es una misma?...

«¡Ah—prosiguió exaltándose—si hubieras escuchado mis ruegos, si hubieras aceptado el amor del siervo de Alláh como aceptaste el de quien creías cristiano! ¡Cuán feliz habrías sido y seguirías siendo, y cuán dichoso no me habrías hecho á mí, en cuyo corazón has reinado siempre como señora absoluta! Pero serás feliz, sí, Mariem, serás feliz, porque Alláh así lo ha dispuesto; porque el tesoro de amor que en mis entrañas guardo, permanece intacto: tú fuiste la única mujer que despertó mi alma al amor, y tú serás la única que reconozco por dueño para siempre.»

—¡Callad, por Dios!—exclamó al fin Mariem.—Callad, impío, que no puedo escucharos sin que la sangre se me enardezca y se subleve. ¡Me habláis de felicidad, á mí, cuando huyó para siempre de mi lado la ventura! ¡Cuando vuestra ciega é infame pasión ha destruído el edificio de mi dicha; toda mi gloria, cifrada en el amor de aquél que ante mi Dios, que no es el vuestro, me juró amor eterno, y en el de aquellos pedazos de mis entrañas que me habéis arrebatado! ¡No, no evocéis recuerdos de otros días! Mis ojos no podrán ya sino verter amargas lágrimas; mi corazón sólo odio respira para el asesino cruel de mi ventura, para el traidor que osa escarnecerme así, porque me hallo impotente y sin defensa. ¡Sin defensa! ¡Porque si vuestros satélites malditos no se hubieran apoderado de mi esposo, si no hubiesen ligado sus brazos y los de mis hijos, á estas horas, Mohámmad, estaríais dando á Dios cuenta de vuestra alevosía! ¿Por qué no desligáis los brazos de mi señor y dueño? ¿Por qué no armáis su diestra con la espada? Porque soís tan cobarde como bajo, ¡porque soís tan ruin como miserable, y le tenéis miedo!

—¡Miedo! No, Mariem, no tengo miedo á ese hombre á quien llamas tu señor, olvidándote de mí, que lo soy de ambos. ¡Yo sólo tengo miedo de tu impiedad y de tus rigores! Y para que veas que mi corazón no tiembla sino ante tí, quiero que Sancho Sánchez recobre la libertad, para disputarle cuerpo á cuerpo tu posesión: Alláh esforzará mi brazo en la pelea, siendo tú el premio de la victoria, y no podrás decirme entonces, como acabas de hacerlo, que el Sultan de Granada tiene miedo á hombre alguno.

Y revolviendo con rápido ademán su caballo, dirigióse á la escuadra en que iba el alcaide con sus hijos.

Detúvose allí un momento, y sacando de la bordada váina de terciopelo la afilada hoja de su gumía, encaróse con don Sancho.

Refrenó también sorprendida Mariem su cabalgadura, y llena de sobresalto volvióse hacia los cautivos en el instante mismo en que Mohámmad ostentaba en su diestra la gumía.

—¿Vienes á acabar de una vez mis tormentos?—preguntó don Sancho con ronca voz, al contemplar delante de sí y armado al granadino.—¡Haces bien, por mi vida, en libramme de carga que tanto me abruma! ¡Acaba, pues, tu hazaña!

Inclinóse el Sultán sobre el cuello de su caballo, y cortando de un solo golpe las ligaduras que sujetaban al cristiano, replicó, en tanto que recobraba su posición y guardaba la gumía:

—Ya ves, don Sancho, cómo no vengo á lo que presumías y desearas. ¡Estás en libertad! Sí, en libertad; ya no eres mi cautivo.

Al escuchar tales palabras y hallar libres sus manos, no se movió el alcaide; sus ojos interrogadores se fijaron en el semblante de Mariem, que permanecía algún tanto apartada, y erraron breve punto del rostro de su esposa al del granadino.

—¡Libre!—dijo al cabo, cruzando los brazos sobre el pecho.—Y ¿para qué quiero yo la libertad, si te llevas, infiel, la prenda de más estima que yo tengo; si me arrebatas mi honor y con él el de mis hijos, á quienes veo cautivos? No te muestres benévolo á tan poca costa, ¡oh, Mohámmad! Dame una espada para que pueda con mi libertad cobrar lo que me has robado, ó márame más bien, porque no puedo soportar la vida que me ofreces!

—¡Matarte!—repuso el Sultán.—¡No, no quiero matarte! ¡No quiero que los ojos de Mariem, á quien adoro, viertan lágrimas por tí; ella es quien te devuelve la libertad que yo te otorgo!

—¡Ella!—exclamó don Sancho vacilante.—¡Ella también! ¡Oh, qué pronto olvidaste, señora mía,—añadió adelantándose á doña María—los sagrados vínculos que nos unen y el amor inmenso que te tuve! ¡Cuán presto has olvidado esas dos tristes memorias vivas de nuestra pasada felicidad para entregarte en brazos de la lascivia! ¡Maldita! ¡Maldita seas! ¡Amparo busques y no le encuentres; seco se vea el campo que pisares; infecto se vuelva el aire que respires, y que en tus oídos resuene siempre el eco de mi voz y el de la de tus hijos, que conmigo te maldicen! ¡No tenga Dios piedad de tu alma, y cuando llegue la hora de tu muerte, la maldición de Dios te siga en el otro mundo, para que penes por una eternidad lo horrible de tu falta!

Y los sollozos ahogaron su voz, en tanto que dos lágrimas, gruesas y trasparentes, rodaban por sus mejillas, resbalando luégo por la bruñida cota.

—¡Os engañáis, don Sancho, mi señor y mi dueño amado!—gritó Mariem trémula y aterrada;—¡os engañáis, señor, suponiendo lo que debió quemar vuestros labios al ofenderme! ¡Yo no he solicitado vuestra libertad sino para que me defendáis como cosa vuestra que soy y seré mientras aliente!

—¡Por Alláh, cristiano—intervino Mohámmad—que Seti-Mariem dice verdad!... Si te he vuelto la libertad, ha sido para que, conociendo tú el amor que la profeso, me disputes su posesión... ¡Sea la que tú llamas tu esposa el premio del que venciere!

Y arrojando su espada á los pies de don Sancho, se apeó de un salto del corcel y cogió de manos de Isahack el arma que ya éste le presentaba desnuda.

—¡Plaza, plaza!—rugió el Sultán esgrimiendo el acero en torno suyo y trazando con él extenso círculo en el espacio.—Que nadie sea osado, nadie, ¿lo oís? á intervenir en este combate... ¡Quiero que aquel que triunfe sea dueño también de esa mujer y de sus hijos para siempre! ¡Que nadie se oponga, si Alláh me tiene abiertas las puertas

del Paraíso, á que este cristiano se retire en libertad con los suyos donde mejor le pareciere!

Y echando atrás con ligero movimiento el haique que le envolvía, Mohámmad esperó arrogante á su contrario.

—¡Ahora te conozco, señor!—exclamó don Sancho—¡ahora veo que eres noble y digno de medir tu espada con la mía!

Y sin pronunciar más palabra, en medio del palenque que, cristianos y musulimes, formaban agrupándose en derredor de los dos adversarios, Mohámmad y don Sancho cruzaron los hierros, mirándose feroces cara á cara. Mariem en tanto sofocaba sus sollozos, y á través de las lágrimas que anublaban sus ojos, tenía con viva ansiedad fijas sus miradas en aquellos dos hombres que iban á jugar la vida por ella, y su corazón latía vivamente, elevando á Dios el pensamiento para rogarle concediese á don Sancho la victoria.

El silencio era profundo; habría podido escucharse el volar de la brisa, y el sol, brillante y espléndido, como corona de la naturaleza, presidía aquella extraña escena, que nadie hubiera sospechado.

Trabada la lid entre ambos paladines con igual coraje, era difícil augurar el resultado.

La sangre corrió en breve manchando las vestiduras de uno y otro, pero su esfuerzo no aparecía quebrantado por ello; antes, por el contrario, pareció enardecerles, y los golpes se duplicaron, y creció el denuedo, como creció la furia de Mohámmad y don Sancho.

Al fin, con terror por parte de los unos y alegría por la de los otros, el alcaide cayó pesadamente en tierra.

Gritos atronadores se alzaron de todas partes, y Mohámmad, recogiendo su espada, que había soltado al desplomarse el alcaide, exclamó con satisfacción mal comprimida:

—¡Estaba escrito!... ¡Alláh es justo! ¡Alláh es sabio! ¡Alabado sea Alláh, Señor de los dos mundos!

Y abriéndose paso por medio de los que le rodeaban, corrió á donde estaba Mariem, recibéndola en los brazos desmayada.

VI

La oración de al-magrib (1) voceaban desde los alminares de las mezquitas los muedzanos, cuando Mohámmad penetraba en son triunfal por *Bib-Elbira* (2) en Granada, seguido de sus leones de la guerra.

El pueblo se agolpaba á las celosías de los ajimeces y á las bocacalles de la estrecha vía que seguían los triunfadores, lanzando gritos de entusiasmo y de alabanza para el Sultán, cuya primera expedición coronaba el éxito más completo.

Cuando llegaron á la cabeza del puente sobre el Darro, que ponía en comunicación la ciudad con la al-medina de la Alhambra, la muchedumbre era tanta, que fué preciso detenerse.

Al fin, y en medio de las muestras de alborozo de los fieles, pudo pasarse el puente, y subida la cuesta de *Bib-Aluzar*, después llamada de Gomeles, cruzóla en breve el ejército, á cuya cabeza marchaba ufano y gozoso el Sultán, saludando á la multitud.

Allí, excitados los caballos por la pendiente, tomaron el galope, y subiendo por *Bib-al-godor* (3), llegaban á las puertas del alcázar,

(1) Oración de la puesta del sol.

(2) La puerta de Elvira, que conserva todavía su nombre en Granada.

(3) La puerta y torre de los Siete Suelos, hoy destruida.

donde esperaban al Amir los guazires que no le habían acompañado en aquella gazúa tan felizmente terminada.

En la esplanada que se abría entre el palacio y el Al-Hissan (1) tendiéronse las tropas, dejando en el centro los cautivos y los ganados, y después de pasar el Sultán breve revista, entróse en el alcázar, á donde le siguieron sus guazires y kátibes, y los caudillos militares que en la empresa de Al-Mantdar le habían seguido.

Hecho el reparto del botín, reservábase de él sólo Mohámmad, como parte del quinto que le correspondía, á la hermosa Mariem, sus hijos y las doncellas de su servidumbre, cediendo generosamente el resto á los caudillos; con lo cual, y habiendo deseado quedar solo, abandonaron la estancia del palacio los cortesanos, no sin haber antes el Príncipe dado órdenes al kátib Isahack para que se aposentase en el alcázar á la desdichada cristiana con las demás mujeres de su servicio, y en paraje distinto y reservado á los dos mancebos Juan Sánchez y Jimén Pérez.

Larga pareció á Mohámmad aquella noche, durante la cual en vano pidió al sueño que cerrara benéfico sus párpados.

Extraña agitación le dominaba; y presa de poderosa excitación, ansiaba que las primeras luces de la mañana iluminasen el espacio.

Desde el para él feliz momento en que, declarándose Alláh en favor suyo, había postrado en tierra al alcaide de Al-Mantdar, Mariem, aun recobrada del desmayo de que se sintió acometida al contemplar á su señor y dueño de aquella suerte, no había vuelto á dirigirle la palabra, permaneciendo como insensible á sus ruegos y á sus demostraciones de cariño.

¿Sería para el Amir aquella mujer, tanto tiempo codiciada, su desesperación y su tormento?

¿No podrían vencerla las pruebas de cariño que iba él á tributarle, como débil reflejo del amor que le poseía?

¿Sería quizás inútil todo lo hecho, estéril la gazúa é infructuosa la sangre que se había vertido sólo para conseguir Mohámmad apoderarse de aquella celestial criatura?

(1) Las torres de la Alhambra, donde actualmente se halla constituido el presidio.

¡Qué hermosa estaba en medio de su dolor y de su pena!...

No era, es verdad, aquella muchacha alegre y recelosa como la gacela, pero modesta y dulce como un ensueño, que él había conocido y amado hacía diez y seis años: su rostro virginal había adquirido cierta graciosa majestad que realzaba sus encantos; sus formas se habían redondeado, ganando en morbidez lo que pudieran haber perdido en frescura.

Pero sus ojos eran siempre los mismos: parecían dotados de fuerza maravillosa, y ora brillasen alegres, ora se mostraran lánguidos, ya esmaltados por el rocío de las lágrimas, ya contraídos por el enojo ó por la cólera, atraían poderosa é irresistiblemente, encadenando la voluntad y aprisionando el alma de aquel que los mirase.

La ocasión en que Mohámmad había vuelto á verla, era bien distinta de aquellas otras en que él solía contarle sus afanes: ni los labios, ni los ojos de Mariem podían, como en otro tiempo, sonreírle, y muy por el contrario, ella le había ultrajado con sus palabras; pero ni los desdenes ni los ultrajes habían aminorado la pasión que el Príncipe sentía por aquella mujer, que era su gloria.

Cuando el sol del siguiente día, que era el 24 de la luna de Xaában (1), derramó los tesoros de su lumbre sobre la gentil Granada, apresuróse Mohámmad á abandonar el lecho, y aunque el dolor de las heridas que había recibido al luchar con el alcaide Sancho Sánchez de Bedmar le molestaba, no por ello dejó de purificar su cuerpo tomando un baño, con el cual logró alguna calma para su excitada naturaleza.

Después, y habiendo atendido con particular esmero á su persona, encaminóse al aposento, algo distante de la cámara en que él vivía, donde por orden suya se encontraba Mariem con sus doncellas.

No era entonces el alcázar de los Al-Ahmares el suntuoso palacio que después contemplaron con envidioso pasmo los nassaríes, cuando para desdicha del Islam cayó en manos de los Sultanes de Castilla la perla y encanto de los musulimes, la Damasco del Mogréb, la hermosa Granada!

(1) Martes, 24 de Abril de 1302.

Sobre los muros que guarnecían las estribaciones de la colina donde después Yusuf I erigió la fastuosa y egrégia Torre de Comárex, no se erguan, mirando al bosque, aquellas elegantes construcciones que honran la memoria de Ismaél I, y, sobre todo, la de Mohámmad V (¡Alláh les haya perdonado!); desnudo el adarve allí construido desde los tiempos de Omar-ben-Hafsun y de Saguar-ben-Hamdun, sólo se veían de trecho en trecho algunas torrecillas que parecían defender, como la de *Mohámmad ó de los Puñales*, pequeños *ad-dares* independientes, hallándose reducido el palacio á aquellas otras estancias que más tarde, y para vergüenza de los nassaríes, mandó destruir el Káisar Carlos *Al-Jams* (1) para edificar su alcázar, no terminado aún, y que Alláh no consentirá nunca se termine.

Así, pues, saliendo desde la cobba principal, al que hubo más tarde de convertirse en *Patio de la Alberca*, y era entonces amenísimo jardín, torció Mohámmad á la izquierda y penetró por una puerta de pequeñas dimensiones en el *ad-dar* donde Mariem se hallaba.

Como todas las construcciones de los musulimes, era el *ad-dar* de planta rectangular y proporcionada. En el centro se abría un patio cuadrilongo, en mitad del cual había un surtidor de agua constante, y en cuyos extremos longitudinales se hacían en la planta baja sendas habitaciones por bajo de otras superiores que avanzaban sobre el patio por medio de galerías, soportadas por columnillas de resplandeciente mármol.

Daban paso á las habitaciones inferiores dos graciosos arquillos cairelados, llenos de vistosa decoración de yesería, en cuyas *takas* (2), revestidas interiormente de menudo y gracioso alicatado que parecía fino esmalte, se miraban elegantes jarrones de airosa traza y pintada superficie, conteniendo cada uno de ellos, ora ramos de perfumadas violetas y otras flores de la estación, ora agua fresca y deleitosa de los algibes abundantes de la Alhambra.

Anchos arriates recorrían los lados mayores del patio, y en ellos

(1) El César Carlos V.

(2) Los nichos que según errada creencia se denominan equivocadamente *babucheros*.

verdegueaban agradablemente multitud de plantas olorosas, no llegadas aún á la época de su eflorescencia, así como, sobre labrados maceteros de barro, circufan el surtidor central gran número de plantas, entre las cuales, ofreciendo peregrino aspecto, abrían sus hojas anchas, verdes y lustrosas el plátano y el banano.

Cuando Mohámmad penetró en el patio, el sol, brillante y poderoso, resbalaba alegre por el muro de una de las galerías que se adelantaban á los lados de aquél, jugueteando con las ramas de un jazmín trepador que envolvía placentero el ajimez superior y cayendo luégo sobre las losas de mármol del pavimento.

No se escuchaba en el *ad-dar* otro ruido que el murmullo apacible de la fuente; y trasponiendo el Sultán el arco de la derecha, entraba en la cámara á que aquél daba paso, donde le salía al encuentro uno de los esclavos que habia puesto al servicio de la hermosa cautiva.

A la presencia del Imám prosternóse en tierra el esclavo con muestras del mayor respeto, y dirigiéndose á él, preguntóle Mohámmad por la dama, procurando contener y disimular la emoción de que se sentía dominado.

—¡Oh, señor y dueño mío!—replicó el esclavo—Seti-Mariem, aquella cuyos ojos brillan como el astro del día, aquella en cuyos labios parece haber depositado Alláh el secreto de todos los placeres, aguarda de seguro tu presencia, cuando la luz del sol la ha sorprendido asomada al ajimez de la *cobba* que le has destinado por morada.

Trémulo y agitado subió el Príncipe la estrecha escalera que, abriéndose entre el muro exterior y el interior de la *tarbêa*, comunicaba con el piso alto, y poco después se detenía delante de una puerta sin osar franquearla.

Al fin, y tras breve vacilación, atrevióse á abrirla haciendo el menor ruido posible, y entonces sus ojos contemplaron un cuadro que conmovió su ser entero.

Cubrían las paredes de aquel aposento riquísimas telas de Damasco, tejidas de oro y sedas, con los colores más brillantes y los dibujos más peregrinos; fingía el zócalo de las paredes vistoso alicatado de geométricas combinaciones, y recorría como un collar el *arro-*

cabe de la estancia un friso de madera, en el que la mano experta del artista había trazado expresivos letreros, cuyos signos de oro resaltaban brillantes sobre el menudo fondo de gracioso ataurique de variados tonos, que se destacaba sobre otro segundo fondo rojizo y del mejor efecto.

De alerce era la techumbre, dispuesta en forma de artesón con doradas *aloharias* en los ángulos; y las complicadas combinaciones de estrellas enlazadas, en cuyos intersticios brotaban caprichosas flores de oro, mientras las cintas de las estrellas se veían cuajadas de fulgurantes botoncillos; la multitud de colores allí armónicamente empleados, juntamente con la gallarda tena de auríferos encajes que resplandecía en el centro de la techumbre como el sol en medio del espacio, y la elegante corona de luz, cuyos vasos de variados matices giraban en torno de un orbe de cristal, como las estrellas giran en torno de la luna—producían maravilloso efecto, adormeciendo los sentidos con su magnificencia.

Sedosos y mullidos divanes, de exuberante forma y ricos paños de oro, adornaban la estancia; y el pavimento se hallaba cubierto por hermosa alfombra persiana de preciados dibujos, en tanto que embalsamaban el ambiente graciosos braserillos de azófar levantados sobre pies de calado adorno, braserillos en los cuales se quemaban el ámbar y el almizcle, el incienso y el áloe, que despedían combinados gratísimo perfume.

Allí, vestido aún el traje en que había salido de Al-Mantdar; reclinada sobre los almohadones de un diván; con la cabeza apoyada en la derecha mano, abierta de manera que casi le ocultaba la faz, mientras pendía la izquierda á lo largo del cuerpo; en actitud postrada y sollozante, descubrió Mohámmad á la hermosa Mariem, sintiendo á su presencia renovarse las angustias que le habían atormentado durante la noche.

Sentadas en la alfombra, con la cabeza apoyada en otro de los divanes de la estancia, rendidas de cansancio, dormitaban otras dos mujeres de la servidumbre de Mariem, cubiertas aún con el traje cristiano como lo estaba su ama.

Fué tan leve el ruido que produjo el Sultán al abrir la puerta y

penetrar en la estancia, que ninguna de aquellas tres mujeres hizo el más ligero movimiento.

Acallando los latidos de su corazón y el rumor de sus pasos, que amortiguaba sobradamente la espesa alfombra, llegóse Mohámmad á las dos muchachas dormidas, y despertándolas con el mayor cuidado, indicóles con imperioso ademán la puerta.

Alzáronse en silencio las cautivas atemorizadas, y obedeciendo al Príncipe, salieron del aposento sin que la hermosa Mariem pareciera advertirlo.

Cuando Mohámmad quedó solo con la castellana, cruzóse de brazos contemplándola, sin osar despertarla.

Al fin, cediendo á los impulsos de su pasión, adelantó un paso y cayó de rodillas á los pies de la bella, apoderándose de aquella mano blanca, fina y modelada que pendía inerte.

VII

Como herida del áspid, irguióse de un solo impulso la cristiana rechazando al Sultán; y poniéndose de pie y mirándole con ojos llenos de sangrientos reproches, exclamó con reconcentrado acento:

—¡Cómo! ¡Vos! ¡Todavía vos! ¡Dios mío, esto es horrible!

Y entrecortando su voz las mal comprimidas lágrimas, rompió á llorar en silencio, cubriendo el rostro con ambas manos.

—Si—replicó Mohámmad sin alzarse del suelo.—¡Todavía yo, siempre yo, hermosa Mariem! ¡Mírame aquí, á tus plantas, como el esclavo delante de su señor, como el siervo de Alláh delante del Misericordioso! ¿No me esperabas? ¿Podría yo vivir sin contemplarte? ¡Aquí, siempre aquí, á tu lado, á tus plantas como ahora, para que mis ojos se recreen en tu belleza; para que mi aliento se empape en el suave y celestial perfume de tu hermosura; para que mis labios te digan siempre cuán grande, cuán inmenso es el amor que me devora!

—¡Me dáis horror! ¡Callad, callad, asesino! ¿Cómo osáis insultarme hablándome de esa pasión maldita, cuando habéis dado muerte ante mis ojos á mi señor y dueño, cuando mis hijos gimen bajo el peso del cautiverio que vuestra desatentada impiedad les ha impuesto? ¡Salid de mi presencia! ¡Salid, y no volváis jamás delante de esta infeliz mujer á quien tanto daño hacéis, y cuya única culpa fué

la de haberos oído cuando traidoramente os fingisteis cristiano para seducirme!—dijo Mariem ahogando sus lágrimas y cayendo sin fuerzas sobre el diván de que se había levantado.

—¿No volver á verte?—repuso el Sultán alzándose y tomando asiento al lado de la cautiva.—¡Deliras, Mariem! ¿No sabes que estás en mi alcázar, en mi poder, que eres mía y que no podré consentirte que hables delante de mí de otro señor que yo, que lo soy tuyo para siempre? ¡He implorado á tus pies compasión, alentado por la vaga esperanza de que mis palabras pudieran conmoverte; he evocado en tu memoria los recuerdos de un pasado que yo no olvidé jamás, y has permanecido y permaneces á mis súplicas y á mis llantos dura como la roca, implacable como el destino! ¡Y, sin embargo, Mariem, aquel á quien tratas tan cruelmente, puede mandar y puede hacerse obedecer! ¡Pero yo no emplearé jamás contigo la violencia, aunque la fuerza está en mi mano! ¡Quiero que así como la lumbre se propaga por el contacto, se propague á tí el inextinguible fuego que me consume há tanto tiempo; quiero que seas mía queriendo tú serlo... Anhele que me ames como yo te amo, porque para mí nada hay fuera de tí en el mundo!

Y enardecido y estimulado por sus propias palabras, el Sultán procuró rodear con sus brazos el talle de la cristiana Mariem.

Pero ésta le rechazó enérgica, y abandonando con un movimiento rápido el diván, corrió hacia el ajiméz que daba sobre el bosque.

—¿Huyes de mí?—exclamó con amargura Mohámmad.—¿Por qué desoyes mis súplicas? ¿Por qué me rechazas, si nadie, nadie en el mundo puede amarte como yo te amo? ¡Oh, Mariem, Mariem! ¿No te basta el verme postrado á tus piés; no te basta el verme humillado ante ti, á mí, el Sultán de Granada, que te brindá, no sólo con su amor, sino con un mundo desconocido de placeres que habrán de durar tanto como nuestra peregrinación por el valle de la vida, y que se perpetuarán luégo en las mansiones deleitosas de *Al-Chándt* (1), donde nos encontraremos para no separarnos nunca? ¡Que tus ojos, tus divinos ojos, donde parece haber reconcentrado Alláh todo su po-

(1) El Paraiso.

der, me miren como me miraban hace tantos años! ¡Que tus labios, tan puros, tan placenteros cual entonces, se entrecabran para mí en agradable sonrisa! ¡Que tu voz resuene otra vez en mis oídos con aquella dulce armonía con que contestabas á mis frases de cariño, cuando aún no se había ajado la flor de tu pureza!...

—¿No me oyes?—prosiguió con exaltación progresiva.—¿No hay para mí siquiera leve señal de que acoges benévola mis insinuantes palabras? Ven, ven aquí, Mariem—añadió, levantándose y dirigiéndose al lugar donde la cautiva continuaba trémula.—¡Ven, tú que eres mi encanto, el tesoro de más valía de cuantos pueden existir en la tierra; tú, que has sido, eres y serás mi amor único! ¿No habrá nada que pueda borrar de tu memoria cuanto has debido olvidar, cuanto debes considerar como una pesadilla, para no acordarte sino de la pasión que encendiste há tanto tiempo en mi ser, enloqueciendo mi cerebro, y que me trastorna y hace el más feliz de las criaturas?

Y como continuase Mariem silenciosa, llegó hasta ella el Príncipe extendiendo sus brazos, al propio tiempo que sentía estremecido el corazón de extraño modo.

—¡Atrás!—gritó Mariem, conteniendo á Mohámmad.—¡No intentes que ceda nunca á tus reprobados intentos! ¡Ya sé que no tengo nadie que me defienda, que estoy en tu poder y que eres dueño de mi vida! ¡Pero no consentiré que tus manos, teñidas con la sangre de mi desventurado señor y esposo, cuyo cuerpo abandonaste á las aves en el campo, no consentiré que me toquen! ¡Tú no puedes calcular, no puedes comprender, cegado por la pasión brutal que te domina, la horrorosa repugnancia que me inspiran tus palabras y tu presencia! ¡Asesino de mi esposo, atrás, ó antes de que te acerques á mí sabrás á dónde llega el valor de los cristianos!

—Basta de súplicas—rugió el Sultán, enardecido y colérico por aquella resistencia que no esperaba.—¡Basta ya de humillaciones, Mariem! ¡Oh, tú no me conoces cuando desafías así mi coraje, cuando contestas con ultrajes mis palabras de cariño, cuando me rechazas tan duramente! ¡Yo te amo con locura, con ceguedad, con delirio! Para tí sólo hay en mi corazón tesoros de amor... ¡Ay de tí, Mariem,

si haces que este avasallador sentimiento que me posee y me subyuga se trueque por tu mal en aborrecimiento! ¡Ay de tí entonces, porque haré que vengas á mis plantas humilde y desolada, que te postres á mi presencia invocando mi piedad y me brindes con tu amor y con tus brazos, que ahora me niegas con implacable saña! ¡No me conoces, no, Mariem! ¡No despiertes al león que duerme tranquilo y confiado en la selva espesa! ¡No me rechaces destruyendo mis sueños, mis esperanzas, mis ambiciones de toda la vida, que tú hiciste germinar en mi alma y que son mi dicha!

—¡Nada conseguirán de mí vuestras amenazas! Sóis el más fuerte, sóis el más poderoso y me tenéis en vuestras manos! ¡Podéis disponer de mi vida, de esta vida que para mí es carga harto pesada! ¡Y así como antes he rechazado vuestras súplicas, así como antes sólo han conseguido éstas mi indignación, vuestras amenazas no lograrán tampoco de mi pecho cosa distinta!

—¡Alláh te ampare, insensata!—replicó el Príncipe.—¡Tú misma eres la causa de tu perdición! ¡No te quejes luégo de tu destino! ¿Crees, infeliz mujer, que el Sultán de Granada carece de medios y de fuerza para vencerte? ¿Tan pronto te has olvidado de tus hijos?

—¡Mis hijos!... ¡Dios mío!... ¿Qué intentáis?... Decid, señor, ¿qué horrible amenaza encierran vuestras palabras?... ¿Todavía puede haber para mí tormentos mayores que los que estoy sufriendo?—exclamó la cautiva con ronco acento, secos los ojos y el seno palpitante, volviéndose angustiada y sorprendida al Sultán.

—¿Lo ves, Mariem?—dijo éste sin deponer su enojo.—¡Qué bien sabía yo que en breve cederían tu obstinación y tu fortaleza! ¡Tus hijos, sí! ¡Ellos harán mejor que yo que te rindas á mis descos! ¡Ellos harán que aquí, de rodillas, implores de mí lo que no estoy dispuesto á concederte mientras me niegues lo que tanto y tan ardientemente codicio!

—Pero—añadió la dama, no vuelta aún del estupor que se había apoderado de ella al ver mezclado el nombre de sus hijos en aquella intriga, y pasando las calenturientas manos por el rostro—pero no haréis nada contra mis hijos... ¿Qué daño os han causado ellos? ¿Qué

culpa tienen esos pedazos de mi alma para que cebéis en ellos vuestra sangrienta furia?

—¡Y me lo preguntas, Mariem!—dijo el Sultán.—¡Me lo preguntas, y esos engendros abominados de *Xaythán* son la causa de los acerbos dolores que experimento y me trastornan! ¡Ah, Mariem! ¡Tú no has amado nunca! ¡Si hubieras amado, conocerías lo horrible de la batalla cruenta que están librando en el fondo de mi pecho los celos! ¡Por ellos, por el que llamas tu señor y tu esposo, y cuyo recuerdo es mi mortal enemigo, te niegas á mi amor y me preguntas qué culpa tienen tus hijos para excitar mi cólera!

—Oye—prosiguió lentamente y con duro acento, haciendo que cada una de las palabras que pronunciaban sus labios penetrase como un puñal en el angustiado pecho de la dama.—Voy á dejarte á solas con tu conciencia... Voy á librarte de la presencia de este hombre á quien tanto aborreces y que tanto te ama... Dentro de dos horas, ¿lo oyes? de dos horas, volveré de nuevo, y volveré con tus hijos... Si entonces no premias el afán que me devora, la pasión que me enardece y atormenta; si entonces no me prometes ser mía para siempre, ¡por Alláh (¡ensalzado sea su nombre!) por Alláh el excelso te lo juro! ¡Ay de tus hijos, Mariem! ¡Ay de tus hijos!

—¡Detente!...—exclamó la castellana, viendo que el Sultán se alejaba con calculada lentitud hacia la puerta.—¡Detente, hombre cruel! ¿Qué has dicho?... ¡Mis hijos! ¿No te basta la sangre que has derramado de su padre? ¿No te basta con la desolación que has llevado á mi alma? ¿No te basta con la noche tristísima y oscura en que has trocado el día esplendente de mi vida? ¡Mis hijos! ¡No! ¡No tocarás uno solo de sus cabellos! ¡No es posible que tu locura llegue á ese extremo! ¡No! ¡Tú no puedes decir eso con verdad; tú no puedes gozarte en el martirio de esta infeliz mujer que te amó un tiempo! ¡Sí! ¡Recuerda, Mohámmad, recuerda aquellos días serenos y apacibles! ¡Recuerda aquellas dulces horas que trascurrían como ensueños, en que decías que eran para tí leyes mis palabras! ¿No comprendes que todo ha concluído, que aquella mujer murió, y que ésta que tienes delante de los ojos debe sacrificarse por el honor de su nombre y de sus hijos? ¿No comprendes el abismo que nos separa?

Había doña María pronunciado estas frases atropelladamente, como si no quisiera meditarlas, como si no alcanzase su sentido y le quemaran los labios, con la esperanza de que aquel hombre que se decía su adorador ferviente se sintiera conmovido. Pero el Amir de los musulimes de Granada, haciendo alarde de su enojo, volvió el airado rostro, y con brusco ademán separó á la cautiva sin darle respuesta.

—¿Quieres verme á tus plantas? ¿Quieres que implore á tus piés la clemencia que en tu corazón no debe haberse extinguido?—decía Mariem.—Pues bien—añadió arrastrándose por el pavimento—mírame de rodillas, sí, de rodillas, mira mis lágrimas, que me ahogan; mira mi angustia, que me mata; mira mi desesperación, que me enloquece, Mohámmad! ¡Ten piedad de mí! ¡Ten piedad de mis hijos!

—¡No, Mariem! ¡No hay piedad, no puede haber piedad en mi corazón para quien no la tiene de mí—contestó el Príncipe, no sin sentirse conmovido.—¿Crees que yo no he sufrido nada en estos diez y seis años? ¿Crees que mis dolores, que mis tormentos nada valen? ¿Crees que sólo tú sufres? ¡Ah, no, no, Mariem! Es preciso que vuelva á lucir espléndida y brillante la estrella de nuestros amores! ¡Es preciso que pagues el amor insensato que has hecho nacer en mi alma! ¡Es preciso que seas mía, mía para siempre, ó la sangre de tus hijos será en tu presencia vertida por la mano del verdugo!

Y lanzándose á la puerta de la estancia, llamó desde ella Mohámmad al esclavo, dándole órdenes reservadas para el kátib Isahackben-Chábir, su predilecto.

El dolor, la desesperación, el asombro, la indignación, el orgullo ofendido, la cólera, el sobresalto, confundidos con la duda, la esperanza, la ansiedad, y otros sentimientos de análoga y encontrada naturaleza, fluían y refluían alternativamente y de golpe, ora separados, ora juntos, en el quebrantado corazón de la cautiva, reflejándose en su divino semblante, que expresaba la más horrible de las angustias.

No era, en verdad, Mohámmad hombre sanguinario y cruel: no se hallaba exhausto su pecho de compasión, ni dejaba tampoco de conmoverle la situación horrible de aquella mujer, á quien adoraba; pero

arrastrado por la pasión, enloquecido por la resistencia, enojado por la contrariedad, carecía de aquel sosiego y natural reposo necesarios para comprender cuánto había de odioso y de repugnante en la conducta que seguía con la cautiva castellana de Al-Mantdar, atento sólo al logro de sus deseos.

Las súplicas, los lamentos, los arrebatos más ciegos, todos cuantos medios ha puesto á Alláh en las mujeres para persuadir, convencer y desarmar á los hombres, todos fueron empleados por Mariem al escuchar las últimas palabras del Sultán y comprender el sentido de las órdenes comunicadas al esclavo.

Ceñudo, imponente, silencioso como la estatua implacable del destino, Mohámmad, con los brazos cruzados sobre el pecho, enconada la mirada y el semblante airado, permanecía en el centro de la estancia, teniendo á sus pies á la cristiana, cuyos hermosos ojos anublaban gruesas, amargas, iguales y transparentes las lágrimas continuas que por ellos salían á raudales.

Al cabo de no largo tiempo oyóse el ruido de la puerta que abría el esclavo, quien después de comunicar al Príncipe que sus órdenes estaban cumplidas, se retiraba del aposento.

Entonces, describiendo con mano trémula Mohámmad la celosía del ajiméz que daba sobre el patio del *ad-dar*, aproximóse á Mariem, y asiéndola duramente de una mano, exclamó:

—¡Ven, ven y verás tus hijos!... ¡Ahí están, y esperan la sentencia de tus labios! Tú, tú que les diste el ser, tú serás quien disponga de su vida... Si eres mía para siempre, serán libres y volverán á Castilla colmados de riquezas y serán dichosos... Pero si te niegas, como hasta aquí lo has hecho, á mi amor, entonces...

—¡Sella tus labios!... ¡No pronuncies esas palabras!...—gimió ya sin fuerzas Mariem, á quien el Sultán arrastraba hacia el ajiméz abierto.

Asomó por él la faz desencajada la cautiva, y reprimiendo la agitación inmensa que la poseía, á través de las lágrimas que la cegaban, pudo ver allá en el patio, sujetos con fuertes cadenas de hierro, lívido y demacrado el semblante, desgarrado el traje y con señales evidentes de dolorosa postración, á sus hijos Juan Sánchez y

Jimén Pérez, al lado de quienes se mostraba un personaje sombrío y espantable, de negro rostro, corpulento y de poderosa contextura, en cuyas manos brillaba á los reflejos del sol ancha y cortante espada.

—¡Escoge—dijo Mohámmad desesperado—escoge para ellos ó la vida ó la muerte!

No pudo reprimir Mariem la emoción que se apoderó de su espíritu, y lanzando penetrante grito, se apartó vacilante del ajiméz, antes de que los donceles pudieran verla.

—¡Hijos míos! ¡Almas de mi alma! ¡Espejos hermosos en que miraba, en horas para mí felices, que ya pasaron, reflejada mi ventura!—sollozó la infeliz retorciéndose sobre el diván en que había caído.

—¡Escoge!—repitió el Sultán interrumpiéndola.

—¡Señor, señor! ¡Tened piedad de mí! ¡Tened piedad de ellos!—murmuró Mariem cayendo de nuevo á las plantas del Príncipe y abrazando con sus torneados y temblorosos brazos las piernas del granadino.

—¡Escoge!—volvió á repetir éste estremeciéndose al contacto de aquella mujer.

En vano fué toda resistencia por parte de la castellana; en vano fueron sus súplicas insinuantes: que al postre, desatentada, loca, fuera sí, en medio de sollozos y de lágrimas, la altiva Mariem, estenuada y sin fuerzas, agotada toda la energía de su alma y de su cuerpo, cayó desvanecida en brazos del Sultán, dando de nuevo con su caída el ser á aquellos seres que debían ignorar siempre lo inmenso, lo sublime del sacrificio que por ellos hacía su pobre madre.

—¡Al fin triunfó!—exclamaba Mohámmad estrechando el cuerpo inanimado de la cautiva é imprimiendo en largo y ardiente beso sus labios enardecidos sobre los labios secos y pálidos de la mujer por él tanto tiempo codiciada.—¡Alabado sea Alláh!

VIII

Algún tiempo después, y casi á la par que llegaba á Castilla por medio de los hijos de Mariem la nueva del inesperado rebato de Al-Mantdar, sorprendiendo al joven Ferrando en medio de las deliberaciones de las Córtes de Medina del Campo, allí congregadas para residenciar á la ilustre doña María de Molina—desembarcaba desde Chezira-Tharifa en Medina-Sebta (1) un caballero, cuyo traje y maneras despertaban la curiosidad más viva entre los musulmanes africanos.

Bajo el ferrado capacete que cubría su cabeza, brillaban intensa y sombríamente sus ojos; y aunque lo negro y poblado de su barba demostraba que aún era jóven, hallábase tan demacrado, que no parecía sino que por milagro especial del mismo Alláh había sido librado de las garras de *Malak-al-maút* en el momento de ir este enviado del Señor del Trono excelso á separar su cuerpo de su alma.

Retratábase en el semblante del caballero la expresión inequívoca de amargos dolores y de terribles tormentos, los cuales se trasparentaban en todos sus ademanes, revelando el decaimiento de un espíritu otro tiempo animoso y oprimido ahora, sin duda, bajo el peso de cruelísimos quebrantos.

(1) Ceuta.

Desprendiéndose de los que le cercaban con curiosidad algún tanto impertinente, y en quienes producía notoria extrañeza su persona, incorporábase en cambio el caballero con uno de los fieles musulimes que en su compañía habían cruzado el estrecho de *Az-Zocác*, y después de cambiar con él breves palabras, seguíale en silencio, sin parecer cuidarse de otra cosa que de sus propios pensamientos, llegando tras no largo andar á la alcazaba donde residía el *al-caide*, y en cuyo edificio penetraban el cristiano y el musulime sin haber entre sí pronunciado frase alguna.

A la mañana del siguiente día abandonaba el caballero la plaza de Sebta escoltado por fuerte número de ginetes, y tomando el camino de Tethuán, hacía en esta ciudad breve parada, prosiguiendo luego su marcha hacia la nueva población de Fez, donde se hallaba el Sultán de los Beni-Merines, Abú-Thaleb, de regreso de la fenecida expedición contra Abú-Zeyyan el de Tremecen, con quien había al fin concertado paces, poniendo término de tal modo á la sangrienta guerra que hasta entonces tuvo divididos á los musulimes del Ifrikia.

Tras de algunas jornadas más ó menos fatigosas, así por lo accidentado del terreno como por lo avanzado de la estación, llegaba el desconocido á las puertas de la corte de Abú-Thaleb, y penetrando en aquella ciudad á la caída del décimo día, presentábase sin pérdida de momento en el palacio del guazir, á quien hacía entrega de las cartas que para él llevaba del *al-caide* de Sebta, consiguiendo al siguiente ser recibido por el joven Sultán, cuya benevolencia hubo de captarse desde luego, y más aún después de haber leído aquél la misiva que puso en sus manos el caballero.

—¿Vienes, pues, de Al-Andáalus, oh nassari?—preguntó Abú-Thaleb fijando sus miradas en el cristiano.

—De allí, señor, me traen los vientos de mi desdicha, impulsado por la fama de vuestra magnanimidad y de vuestra clemencia—replicó el desconocido con sombrío acento.

—¡Por Alláh, que no vienes engañado! Esta carta atestigua de tu valor, y plácenme los leones de la guerra como tú al lado mío—dijo el Sultán acariciando su larga y poblada barba.—Pero has dicho que